

Capítulo 7-A la sombra del dinero

*“La riqueza es como el agua salada;
cuanto más se bebe, más sed da”.*

A.Schopenhauer

*“En el mundo actual todas las ideas de la
felicidad terminan en una tienda”.*

Z. Bauman

“Para alegrarse el pan, para gozar, el vino, para disfrutarlo, el dinero”. (Ecl. 10:9)

Los pobres imaginan felices a los ricos, y por lo tanto intentan imitarlos. Aunque más no sea con esa emulación de la riqueza material que es el consumo. Los ricos (no lo sabemos, es solo una suposición) quizás envidian secretamente la despreocupación de los que no tienen nada, imaginándolos más dichosos que ellos, agobiados como están por las cosas que poseen. Como sea, la palabra *felicidad* ha logrado unirse a la palabra *tener*, y más recientemente a la palabra *comprar*. Los comerciales, es decir el formato comunicativo que intenta vendernos algo (casi todo mensaje masivo ahora lo es), nos asegura que la felicidad está a tiro de una compra. En general le creemos, o al menos simulamos hacerlo. Como sea, no podemos negar que cuando volvemos del mercado con algo bajo el brazo nos sentimos mejor; al fin de cuentas más felices. ¿Por qué? Nuestros peores momentos son cuando ya ni nos lo preguntamos.

El que habla en Eclesiastés (o al que el autor hace hablar), es el hombre más rico y próspero para la tradición antigua: el rey Salomón. Célebres son sus construcciones y el boato de su corte. Ya Jesús lo mencionó como ejemplo de lujo: “*Considerad los lirios, cómo crecen; no trabajan ni hilan; mas os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos*” (Lc. 12:27). El libro de Reyes y el de Crónicas en la Biblia nos relatan un acontecimiento digno de la tapa de una de nuestras revistas de “ricos y famosos”. La reina de Sabá (un pequeño reino del año mil a.C. en la península arábiga), al escuchar de la fama de Salomón va a visitarlo y queda impactada no solo por su riqueza, sino también por su inteligencia. El encuentro termina en un profuso intercambio de ingenio y regalos a cual más grandilocuente (1° Re. 10:1-13; 2° Cro. 9:1-12). Nuevamente

encontramos una referencia en los Evangelios sobre esta anécdota de nuestro personaje central, evidencia de lo consolidada que estaba su figura legendaria en la historia: *“La reina del Sur se levantará en el juicio con esta generación, y la condenará; porque ella vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí más que Salomón en este lugar”* (Lc. 12:42). Nuestro autor conoce bien la tradición antigua sobre Salomón como hombre rico y sabio. Por ello aprovecha estas imágenes con maestría para poner en entredicho las relaciones entre riqueza y felicidad. Así nos describe nuestro protagonista el éxito material:

“Me hice de esclavos y esclavas; y tuve criados, y mucho más ganado vacuno y lanar que todos los que me precedieron en Jerusalén. Amontoné oro y plata y tesoros que fueron de reyes y provincias. Me hice de cantores y cantoras, y disfruté de los deleites de los hombres: ¡formé mi propio harén! Me engrandecí en gran manera, más que todos los que me precedieron en Jerusalén; además la sabiduría permanecía conmigo”. (2:7-9)

Sin embargo, se nos presenta en estos textos un Salomón viejo y cansado, de vuelta de aquellas gestas y derroches. No parece tan deslumbrado ahora por sus logros materiales. Más bien se declara abierta y francamente desilusionado de los efectos y resultados de la riqueza material. Le encuentra a la riqueza (como sustento de la felicidad) básicamente tres problemas: En primer lugar, nuestro personaje detecta una desproporción entre el esfuerzo realizado para acumular las riquezas y el verdadero disfrute que de ellas puede hacerse:

“Consideré luego mis obras y el trabajo que me había costado realizarlas, y vi que todo era absurdo, un correr tras el viento y que ningún provecho se saca en esta vida...pues ¿Qué gana el hombre con todos sus esfuerzos y con tanto preocuparse y afanarse bajo el sol? Todos sus días están plagados de sufrimientos y tareas frustrantes, y ni siquiera de noche descansa su mente. ¡Y también esto es absurdo!”.(2:11; 22-23)

Las riquezas obtenidas (o mantenidas) con enormes esfuerzos consumen así la mayor parte de la dicha que pueden generar por ellas mismas. En términos precisamente económicos, diríamos que hay un problema de costo-beneficio. Un equilibrio adecuado entre el esfuerzo para obtener los bienes y el disfrute que se puede sacar de ellos, es la fórmula para evitar el absurdo que las riquezas valoradas por sí mismas representan. El autor reprueba la actitud holgazana del que ningún esfuerzo está dispuesto a hacer. Una

actitud negligente o resignada solo puede llevar a la ruina (10:15 y 18). Pero lo que hace que la riqueza no pueda ser un sostén para la felicidad verdadera y el sentido radica en las propias contradicciones que genera.

Esto nos lleva al segundo problema que el autor ve en las posesiones económicas como sostén de la felicidad: la posesión económica dispara una lógica de apropiación y multiplicación que debe ser alimentada. Aun mantener lo que se tiene requiere ganar más para resguardar con lo que se gane lo que ya se posee. Cuando se ha entrado en esa rueda, uno ya no se puede bajar. “El dinero llama al dinero” decía la frase popular, pero esto no es solo una dinámica positiva, sino esclavizante. Más se tiene, más se quiere tener, más se tiene, más se necesita tener.

“Quien ama el dinero, de dinero no se sacia. Quien ama las riquezas, nunca tiene suficiente. Donde abundan los bienes, sobra quien se los gaste; ¿y qué saca de todo esto su dueño, aparte de contemplarlos? El trabajador duerme tranquilo, coma mucho o coma poco. Al rico sus muchas riquezas no lo dejan dormir”. (5:10-12)

Por último, el autor nos presenta como gran objeción a la acumulación de riquezas lo efímero de su disfrute. Como veremos repetidamente, la muerte es el telón de fondo ante el cual deben medirse todos los logros humanos. Al irnos de este mundo sin poder llevarnos nada, el bien que aporta el bienestar económico pierde mucho de su brillo. Otros se aprovecharán del esfuerzo realizado sin haber hecho el propio:

“Esto es un mal terrible, que tal como viene el hombre, así se va ¿y de qué le sirve afanarse tanto para nada? (5:16)

“Volví a sentirme descorazonado de haberme afanado tanto en esta vida, pues hay quienes ponen a trabajar su sabiduría y sus conocimientos y experiencia, para luego entregarle todos sus bienes a quien jamás movió un dedo. ¡Y también esto es absurdo y un mal enorme!”. (2:20-22)

El problema que supone el límite biológico de la vida humana, es que la acumulación de obras o riquezas la trasciende, lanzando una pregunta sobre la generación siguiente, depositaria de esa herencia.

“Aborrecí también el haberme afanado tanto en esta vida, pues el fruto de tanto afán tendría que dejárselo a mi sucesor. ¿Y quién sabe si este sería sabio o necio? Sin

embargo, se adueñaría de todo lo que con tantos afanes y sabiduría logré hacer en esta vida. ¡Y también esto es absurdo! (2:18-19)

Pero aun la perspectiva de haber acumulado bienes y verse impedido de transmitirlos a la generación siguiente, es ponderado como una desgracia. Se trata de un dilema para el que no hay salida: más que un dilema, una aporía. Si se tiene y debe abandonarse en mano de otros o si se pierde por distintas razones y ya no se puede dejar en herencia. Ambas cosas son absurdas y hacen absurdo el proceso de acumulación.

“He visto un mal terrible en esta vida: riquezas acumuladas que redundan en perjuicio de su dueño, y riquezas que se pierden en un mal negocio. Y si llega su dueño a tener un hijo, ya no tendrá nada que dejarle. Tal como salió del vientre de su madre, así se irá; desnudo como vino al mundo, y sin llevarse el fruto de tanto trabajo”. (5:13-15)

Su conclusión, en última instancia, es que el sentido de la vida o la felicidad, no pueden ser hallados en la posesión de bienes materiales. Pero no es ingenuo: sabe que su carencia extrema puede traer infelicidad (4:5-6); ¡hoy diríamos que el autor refleja ideales de clase media! En última instancia, resta a cada individuo decidir su propia escala de valores y el lugar del dinero y los bienes materiales en ella. Algo queda claro, y es que conviene buscar el refugio de la sabiduría antes que el de los bienes materiales:

“Buena es la sabiduría sumada a la heredad, y provechosa para los que viven. Puedes ponerte a la sombra de la sabiduría o a la sombra del dinero, pero la sabiduría tiene la ventaja de dar vida a quien la posee”. (7:11-12)

Ser sabio, es decir, saber vivir, es una adquisición superior a la obtención de bienes materiales, aunque estos no pueden ser subestimados en su necesidad. Como veremos en éste y en otros temas que aborda, el conformismo, la mediocridad o la resignación no son la salida a la paradoja de la vida: en este caso, la económica.

El Eclesiastés postula así la búsqueda de un equilibrio siempre difícil de hallar, entre luchar por tener, sin aflicción, y evitar el sufrimiento que la pobreza puede comportar.

Dinero y felicidad

La gente situada por encima del límite de pobreza es más feliz que la gente por debajo del límite de pobreza, pero los verdaderamente ricos no son mucho más felices que los simplemente ricos. Por ejemplo, un estudio reciente ha demostrado que la gente que gana más de 90.000 dólares al año no es más feliz que la gente que está en la franja entre los 50.000 y los 89.999 dólares. Otro estudio informaba de que si bien la renta familiar media en Japón se incrementó por un factor de cinco entre 1958 y 1987, el nivel de felicidad manifestado por la población no cambió en absoluto; pese a toda esa renta de más, no hubo más felicidad. Gary Marcus, “Kluge”

*Los investigadores encontraron que quienes perciben ingresos más altos no necesariamente lo pasan mejor. La gente con un ingreso por sobre el promedio está relativamente satisfecha con su vida, pero es apenas un poco más feliz que otras personas, tiende a vivir más tensa y no pasa más tiempo en actividades particularmente agradables. Al cruzar los datos y respuestas de aquellos que ganaban menos de 20.000 dólares al año con los que generaban más de 100.000 en el mismo período, se observó que mientras que los primeros destinaban casi el doble de tiempo a conversar con sus amigos y demás actividades recreativas y placenteras, **las personas de mayores ingresos pasaban la mayor parte del día en labores “obligatorias”** como el trabajo y cuando se trataba de “pasarla bien” no era raro que recurriesen a actividades sencillas y nada costosas. (Daniel Kahneman, Premio Nobel de Economía 2002)*

Más

adelante tendremos oportunidad de considerar el importante lugar que el autor le da en este sentido al “disfrutar”, por ahora conformémonos con constatar que lo que no nos propone es relativizar la importancia de los bienes materiales sino asumir una actitud de contentamiento (1ªTi. 6:6-10) así como ambiciones moderadas (Sal 30:8):

Codicia o contentamiento

Es cierto que con la verdadera religión se obtienen grandes ganancias, pero sólo si uno está satisfecho con lo que tiene. Porque nada trajimos a este mundo, y nada podemos llevarnos. Así que, si tenemos ropa y comida, contentémonos con eso. Los que quieren enriquecerse caen en la tentación y se vuelven esclavos de sus muchos deseos. Estos afanes insensatos y dañinos hunden a la gente en la ruina y en la destrucción. Porque el amor al dinero es la raíz de toda clase de males. Por codiciarlo, algunos se han desviado de la fe y se han causado muchísimos sinsabores.

1ªTi. 6:6-10

El actuar con confianza, serenidad y lucidez frente a los inevitables avatares que no podremos manejar, así como la generosidad que comparte y reparte, reubican al “tener” en el prudente lugar que le corresponde en esta vida. Las posesiones se convierten en razón de felicidad en tanto y en cuanto son comunicadas con el prójimo (Ecl. 11:1-6; 1ªJn 3:17), y el esfuerzo de obtener bienes materiales queda justificado en la posibilidad de auxiliar a los que pasan necesidad (Ef. 4:28). Porque *presta al Señor el que le da a los pobres* (Prov. 19:17) dirán en otro pasaje los sabios. Así, sin haberlo conocido por supuesto, el autor coincide con la famosa máxima de Juan Wesley: “*Gana todo lo que puedas, ahorra todo lo que puedas y da todo lo que puedas*”.

Oración para quien vuelve de compras

*Padre, hoy he vuelto del mercado,
Compré algo que hace tiempo me gustaba y me sentí mejor.
Había en el camino de vuelta una sensación de bienestar, de seguridad,
Me pareció que era feliz, fugazmente feliz pero feliz al fin.
¿puede ser que hasta me hayan importado menos los demás?
¿que lo que me preocupaba hace tan solo un momento se hubiera esfumado?
¿que incluso me parecieras superfluo por el poder de darme a mí mismo
una porción de dicha?
Luego lo vi con claridad, comprar y tener son una especie de droga para mí.
Sirven siempre y para cualquier cosa. Su promesa es sencilla: solo tengo que
tener un poco de dinero y me sentiré mejor. Por poco tiempo,
alienándome de mí mismo, pero me sentiré mejor,
es una manera de no necesitar de nadie, acaso ni de Ti.
Pero nunca seré verdaderamente feliz con las cosas, por las cosas, sólo con ellas.
Te necesito y necesito a los demás, y lo que necesito no se puede comprar,
No al modo del mercado, no con dinero.
¿Se pueden comprar las “otras” cosas, Padre?
¿Las que verdaderamente necesito?
¿Tú también haces recomendaciones de compra?
¿Dónde está tu mercado? ¿Cómo puedo comprar lo que vendes?
No soy rico, no importa lo que tenga, no puedo serlo, soy humano, soy pobre, polvo,
nada.
Un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.
Dame de tu oro refinado en fuego, y las vestiduras blancas que cubran mi vergüenza,
Y la medicina que cure mis ojos obnubilados por el brillo de las cosas, Para que vea,
como debo ver, lo que debo ver, Para que te vea.*

E.T.